

Música

Repasaba la cartelera con el celador. Era un hombre elegante. Me refiero a ese tipo de elegancia espiritual de los que leyendo hojas de papel se manchan los labios de tinta. “Si no te gusta el cine, ¿por qué no pruebas con un concierto?” Me encogí de hombros. ¿Qué era la música? ¿Ruido de tambor o silbido de flauta? ¿Cabellos bailando o pies marcando el compás? ¿Ritmo de pesadilla o muerte de monotonía? El celador chasqueó la lengua y me propuso que aquella noche regresase con el problema resuelto. “Música es el latido de lo que vibra. Encuéntralo.”

Nunca me gustó hacer los deberes, así que no pensé en ello en toda la tarde. Había quedado con el hombre de boca de plástico y ojos de gafa. Os lo aseguro, fue la primera identidad que le adjudiqué pero ya no lo volveré a llamar así. Desde que aluciné con los objetos personales de mamá que él encontró escondidos en un baúl se llama como lo nombran en casa, como le saludan los clientes y como le llora la niña de su hermana: Marcos. Quería que fuéramos a comprar ropa y fuimos pero sólo un ratito. No le gustaba cómo le sentaban los trajes que le cosía su madre. Enseguida le vestí de hombre de seda, la ropa le caía en pliegues formando cascadas. Ondas y aguas se dibujaban en sus camisas y yo sentía algo raro, indefinido todavía, cuando se movía entre tacto y tejido. Enseguida lo arrastré a su librería, donde yo quería ir. Las baldas estaban repletas de libros. Yo sentía algo raro e indefinido todavía al acariciar sus lomos con los dedos. Marcos me sugería que los arrugara y que los estrujara para que las letras saltasen de las tapas y formasen un nido de palabras en el aire, mientras yo sentía otra vez con más fuerza ese algo raro e indefinido que no entendía todavía. Elegí un volumen fatigado, forrado en tela desprendida y con incrustaciones borrosas y lo leí en voz alta. Mis labios articulaban frescos de viñetas que desprendían imágenes visuales despertando en mí ese algo raro e indefinido todavía que se repetía nuevamente. “Déjame comprarte un libro”. “¿Cuál te gusta?”. “Alguno que desprenda olor”. “¿Olor?”. “Tinta vieja, ya sabes...”. Me condujo al fondo de la librería y en una esquina acristalada extrajo un tomo

suelto de historia antigua. Y en esa historia y en ese olor caían fragmentos de un pasado que vuelve y que retorna con ese algo raro e indefinido todavía.

Marcos me preparó un café. Saboreaba sus palabras al mismo tiempo que el café. Hablaba atropelladamente. O no arrancaba o se pasaba. Marcos era así. Me contó que buscaba transformar su soledad en una soledad acompañada. Cada vez que un cliente entraba en la tienda activaba su grabadora. Tenía dos altavoces potentes. Era capaz de reproducir solo para él cada movimiento torpe o brusco, cada conversación hablada a medias o en voz baja, cada bufido o cada estornudo. Y no sé si fue eso o el coro de unos niños que desafinaban en la academia de música de al lado lo que me ayudó a descifrar ese algo raro e indefinido todavía. La ropa de Marcos cayendo en ondas, el roce de mis dedos al repasar la textura de los libros, las letras que bosquejaban novelas en el aire, el eco de mi yo interior cuando dejo de pensar, el olor que aún te recuerda y no te puede olvidar y el sonido de esa voz cuando rompías el silencio o cuando te quedabas callado y aun así sonaban tus latidos en mi cabeza. Por fin había descifrado ese algo raro e indefinido todavía. Aquello era música.